

LOS OBREROS.

Esta clase de la sociedad tan necesaria para la industria, es la que hoy se vé peor retribuida y son muy pocas las naciones que á pesar del lastimoso estado en que se encuentra, la han tendido una mano cariñosa.

No trataremos nosotros ahora de ser los primeros en abogar por ella, pero sí de unir nuestros clamores á los de personas que con brillantes luces para ella, han demostrado suficientemente lo que quizá nosotros solamente vayamos á indicar. Conócese bajo el nombre de obrero á la persona que materialmente ejecuta el trabajo que otra le ordena; pero bajo dicha palabra se comprende tanto al que desempeña la parte mas servil en cualquiera obra, v. gr, el que se ocupa en traer y llevar los materiales para ella; como al que se dedica á un oficio para el que se requieren algunos conocimientos prácticos en él. Nosotros solo nos ocuparemos de los primeros, que son siempre los que antes sienten la escasez del trabajo, en razon á ser su clase mucho mas numerosa.

En la actualidad existe, sí, alguna nacion que ha tratado de mejorar su condicion, pero en otras como, por ejemplo, en la nuestra en donde son pocas las medidas que se toman en favor suyo, el precio de su trabajo depende de la cantidad de capital que hay disponible, oscilando siempre al rededor de la cuota que les es indispensable para mantenerse: y esto contando por supuesto, con que no tengan mujer é hijos á quien sostener.

La retribucion de su trabajo, pues, sube y baja en relacion al número de obreros que hay, y en relacion directa con el que piden los empresarios. Nadie hasta ahora la ha fijado un minimum y resulta de esto que, siempre que, por efecto de una mala cosecha ó de otra calamidad cualquiera, suben

las subsistencias y disminuye el trabajo, bajan los jornales, originándose con esto la miseria.

A tres necesidades de que nadie puede prescindir tienen que atender los obreros y á veces no pueden subvenir á todas ellas acarreándose asi grandes perjuicios. Estas son el vestido, la habitacion y el alimento; las que debieran tener muy presente los partidarios del trabajo libre. Ordinariamente, la cantidad que los obreros perciben por su trabajo suele ser de cinco á siete reales, y no es esta en verdad suficiente para que puedan satisfacerlas los que carecen de familia, cuanto mas los que tienen que socorrerla.

Prescíndase por consiguiente del vestido. ¿Podrán vivir de este modo? No: únicamente lo mas que podrán hacer, será retardar su muerte, pero nunca evitarla; pues bien, pronto la humedad y el frio les hacen sentir sus efectos.

Con facilidad se comprende asi la miseria á que continuamente están entregados y como en muchas ocasiones acuden á tomar las armas en favor de hombres que les prometen su auxilio y nunca les sacan de su lamentable estado; y es horrible verles alguna vez ante la boca de un cañon defender tal ó cual bandera, sabiendo á veces ellos mismos cuán ilusorias son esas promesas, pero que animados con la esperanza de encontrar algun alivio y de que algun dia se ha de mejorar su condicion, prefieren morir de esta manera á que llegue á ser el hambre su asesino.

Dicese que los empresarios y los maestros necesitan de su trabajo, pero estos ¿no han de monopolizarle? nunca lo negaremos, asi como negamos que los obreros monopolicen el de estos; además de que los empresarios tienen siempre brazos á que acudir, en tanto que los jornaleros no le encuentran en todas las ocasiones que le ne-

cesitan, y suelen verse llenos de miseria durante la estación del invierno; lo cual es mucho más triste en una nación como España, que á más de tener un rico suelo, no cuenta ni con mucho con la población que pudiera mantener.

El que juzgue cuán poco nuevo es lo que hemos dicho y cuán cierto el estado en que hoy se halla la clase obrera, podrá conocer lo lamentable que es el que hasta ahora no se haya tratado de mejorarla; mucho más cuando tenemos empleos con sueldos fabulosos que disfrutaban personas que únicamente saben leer y escribir y esto no correctamente ni con propiedad.

Vemos con gusto como los gobiernos se han ocupado de algunas profesiones, tales como de la magistratura y la militar, pero por desgracia, no siendo la que menos servicios presta á la nación, no son las que se hallan mejor retribuidas.

JOSÉ PERALTA Y MAROTO.

AMOR DE UN DIA.

Lo que voy á contaros no es una novela, parto de mi pobre ingenio en una noche de hastío y escrito únicamente por pasar el tiempo. No es tampoco una historia, verdadera en el fondo pero adornada de pasajes falsos, para aumentar el interés de la narración, no: es una historia verdadera, no hay en ella nada fingido, todo es real, los personajes que toman parte en ella existen, mas no todos; uno de ellos, el protagonista, ha bajado ya al sepulcro llevando grabado en su corazón el recuerdo de esta historia.

Yo la escuché de sus labios en una noche de invierno, al grato fuego de una chimenea que caldeaba su elegante despacho. ¡Estábamos los dos solos arrellanados en nuestras butacas; un quinqué, colocado al extremo de la habitación, lanzaba su luz, reflejada por una pantalla, sobre un círculo pequeño, dejando el resto del cuarto en una casi completa oscuridad, que daba mayor interés y melancolía á la narración y que solo era interrumpida por la ruptura de un leño, que lanzaba al aire mil rojizas culebrillas, cuyo fulgor duraba solo un instante.

¡Pobre Eduardo! cuando me hizo confidente de sus pesares ya corroía su corazón la enfermedad que le llevó á la tumba. Grabado eternamente llevo un recuerdo y el dolor de su muerte, sí; cuando una persona tan justamente querida como un amigo verdadero, cuyo recuerdo está al lado de nuestra existencia, muere, creo que nos roba parte de nuestra vida, al apagarse para siempre el afecto que nos unió.

Siempre esta historia hubiera quedado oculta en el fondo de mi corazón si el mismo que me la contó no me hubiera pedido que la publicase. Únicamente por eso me atrevo á trasladar á mi pobre prosa su melancólica poesía.

I.

Eran las dos de la tarde de un agradable día de invierno. El sol, esa inmensa hoguera lanzada por Dios á los espacios para ser mudo testigo de las miseria humanas, derramaba sus abrasados rayos sobre la corte de las Españas.

Un joven se dirijía con precipitados pasos á una de las calles próximas á la plaza de Oriente. En su rostro se retrataba la alegría, de que se hallaba poseído, su mente era presa de una idea fija y alhagüeña, que abstrayéndole agradablemente le aislaba, por completo de todo cuanto le rodeaba.

Por eso en el espacio que mediaba entre su casa y aquella á donde iba no escuchó la voz ni vió el semblante de varios amigos que le gritaban «Eduardo» ¡Eduardo!

No, en aquel momento no veía ni escuchaba nada, solo su corazón palpitaba intranquilo, vosotros, los que habeis amado verdaderamente, comprendéis la ansiedad y la alegría de Eduardo, al pensar que dentro de un momento iba á ver á la que amaba, iba á contemplar su sonrisa, iba á escuchar su voz, iba en fin á pasar el día con ella.

Así Eduardo era feliz pensando en la dicha que iba á gozar, y de la que pensaba no perder ni un átomo por que no ignoraba que la felicidad es como la alada mariposa que nunca vuelve á fijarse sobre la flor que una vez tocó con sus alas.

II.

Por fin Eduardo llegó á la casa que buscaba y á donde era esperado, pues apenas traspasó el dintel de la sala, cuando salieron á su encuentro la señora de la casa y su hija acompañada de otra joven.

¡Cuán diferente era el tipo y el carácter de ambas y cuán bellas eran!

La primera era alta y esbelta, sus largas y negras pestañas apenas podían amenguar el rayo ardiente de sus rasgados ojos en donde se reflejaba la energía de un carácter indomable.

La segunda no era tan alta, su negro y abundo-

so cabello, contrastaba con la blancura mate de su frente y bajo la sombra de sus sedosas pestañas se deslizaba una mirada llena de melancólica dulzura, semejante á la que los ángeles deben dirigir á Dios.

Si la primera fuese engañada por el que amase, su amor se convertiría en odio y no le perdonaría jamás, y si su amante arrepentido se arrojase á sus plantas pidiéndola el olvido de lo pasado, ella le mentiría amor por unos días para después martirizarle con una cruel decepción; si la segunda lo fuese, lloraría su perfidia, pero perdonaría al infiel brotando aun de sus ojos las lágrimas del desengaño.

La de mirar de fuego se llamaba Josefina, la de la frente pálida, Emilia, ambas eran primas de Eduardo.

III.

Cuán bello es el Retiro en un agradable día de invierno, cuando el cielo brilla azul y límpido y el sol rueda esplendoroso derramando sobre la tierra sus vivíficos rayos.

Mil y mil encantadas bellezas median con sus lindos pies el salón que se extiende delante del estanque, cruzando de aquí para allá y luciendo sus gracias y encantos en tanto que los pollos y los que no lo son, las siguen entusiasmados por conseguir una mirada de sus lindos ojos ó una sonrisa de sus rosados labios.

En este extenso salón donde vagan y se agitan centenares de personas y en donde se cruzan por todas partes saludos y miradas, frases cortadas y sonrisas, se paseaba Eduardo con sus dos primas, su tía doña Rosalía y un amigo que se las agregó á la entrada del Retiro y que departía con Josefina y su madre.

Eduardo se colocó delante al lado de Emilia y comenzando á hablar de cosas indiferentes, vino á recaer la conversacion sobre la poesía.

Eduardo amaba la poesía, su ardiente imaginación se conmovía á cualquier pensamiento nuevo, á cualquiera sensación desconocida, á cualquiera belleza inesperada; mas de una vez Eduardo en sus noches de insomnio pensó, sintió y soñó, y mas de una vez tambien, trasladó á sus pobres versos, sus sueños, sus pensamientos y sus sensaciones.

Para Eduardo la poesía era la mitad de su existencia, pues la otra era su amada, otra segunda poesía en realidad, pero que no podía ver á la primera porque la consideraba como una rival terrible, y como la causa de una desgracia irremediable.

Eduardo por complacerla no hablaba de poesía delante de ella, de modo que en medio de la dicha que experimentaba al estar á su lado encontraba siempre un vacío que en vano trataba de llenar, y como casi todo el tiempo lo pasaba con ella, solo podía consagrar á la poesía algunas horas de la noche arrancadas á su sueño.

Así es que Eduardo, acogió con entusiasmo y placer las primeras palabras que Emilia le dirigió sobre poesía.

Emilia, tenía un alma dulce y sensible á la menor emoción; su corazón de niña, amaba todo lo que era tierno y noble, bueno y generoso, le gustaban tambien los versos y devoraba ansiosa cualquier tomo de poesías que había á la mano, caso de ser buenas, se entiende.

Ambos á dos, pues, amaban la poesía; uno de ellos, sentía y comprendía la melancólica sensación y el entusiasmo noble que producen los versos, el otro sabía crear y dar vida á esas sensaciones melancólicas y á ese noble entusiasmo, por lo que ambos jóvenes, ambos entusiastas de la poesía, abstraéndose completamente de todo cuanto les rodeaba, se olvidaron del Retiro, de los paseantes, de Josefina y de doña Rosalía y solo pensaban en Espronceda y en Lamartine, en Selgas y en Victor Hugo, en Trueba y en Arnao.

IV.

Cuán misterioso es el corazón humano ¡cuántas veces habremos pasado por un mismo camino, y dirijido una indiferente mirada á una cruz de piedra, que se eleva al lado del mismo, y sin embargo llega después un día en que nos conmovemos al ver aquella cruz pareciéndonos que es la primera vez que la vemos y pasamos por delante de ella descubriéndolos silenciosos.

Lo mismo les sucedía á Eduardo y á Emilia; ambos se habían visto y hablado repetidas veces sin experimentar ninguna emoción extraña y sí solo esa especie de indiferencia que tiene la amistad, mas grata aun que esas manifestaciones continuadas de cariño.

En aquel día todo cambió; ambos jóvenes se creyeron otros, les parecía que se veían y hallaban por primera vez, una mútua é inesplicable simpatía les embargaba; abstraídos con sus poetas se movieron maquinalmente á la orden que se les dió de retirada, siguiendo sumidos en su conversacion.

Josefina no obtuvo en todo el paseo ni una sola palabra de los labios de Eduardo.

Este volaba gozoso á casa de aquella por que iba á pasar el día á su lado, llega y es á otra mujer á quien dirige sus atenciones; mujer que había visto otras veces y le había sido indiferente. ¿Quién comprende el corazón humano?

V.

Lo mismo que en el paseo, durante la comida, Eduardo, que se hallaba colocado entre sus dos primas, solo hablaba con Emilia y solo de vez en cuando dirijía alguna frase á Josefina, mas regularmente en forma de contestación que de pregunta.

Acabada la comida Josefina, Emilia y doña Rosalía se retiraron para prepararse para el concierto y dejaron solo á Eduardo en la sala.

En el momento en que este quedó solo se desplomó en una butaca: no tenía conciencia ni de lo que pensaba ni de lo que hacía, su corazón y su mente vagaban en un inmenso caos, cual la débil hoja arrebatada por el viento, sin saber donde se detendrá.

Por un lado veía á Josefina, recordaba los días de ventura que había pasado á su lado, días que le habían inspirado cien amorosas canciones; por otro lado, se le presentaba la simpática figura de Emilia, derramando de sus labios torrentes de armonía debidos á la pluma de Lamartine, mas armoniosos aun por pronunciarlos ella. Ante estas dos imágenes, ante estas dos dudas, su corazón vacilaba indeciso sin saber á cual acogerse.

Tal vez en aquel instante se preguntaba.—¿A quien amo yo?—y tal vez no sabía contestarse y sin embargo amaba á Josefina, pero un vértigo fatal se había apoderado de él, una fuerza oculta le impulsaba á marchar y él sin conciencia de lo que hacía marchaba sin pensar á donde se dirigía.

Sí, su amor era Josefina, pero cuando sus primas se presentaron no fué á ella á quien se dirigió, sino que adelantándose precipitadamente al encuentro de Emilia, la dirigió mil frases galantes elogiando su vestido blanco con lazos y cintas de rosa, sin acordarse de hacer igual cumplimento á Josefina que le aguardaba y que ya empezaba á notar su frialdad para con ella.

No, no obtuvo ni una sola frase, ni un mero cumplimiento de los labios de Eduardo y sin embargo estaba encantadora con su blanco vestido y sus lazos azules: Josefina comprendía que Eduardo era preso en aquel instante de una lucha secreta, sabía también que con una sola palabra que pronunciase tal vez sería tiempo aun de que Eduardo corriese á sus plantas libres del vértigo que le embargaba, pero Josefina era orgullosa y esa palabra no la pronunciaron sus labios.

VI.

Llegó la hora del concierto; las salas se fueron poco á poco llenando, Eduardo ocupó un sitio al lado de Emilia, y siguieron su conversacion poética, habiéndose agotado las citas de versos de poetas de nombradía, Eduardo comenzó á recitar versos de sus amigos concluyendo por hacerlo con versos suyos y por contar á Emilia sus sueños y sus esperanzas. Esta escuchaba enajenada; cada palabra, cada frase de Eduardo la conmovía y la entusiasmaba.

Varios jóvenes dejaron correr sus ágiles dedos sobre las teclas del piano, varias señoritas derramaron la armonía de sus voces y Eduardo y Emilia nada escucharon; es que después de hablar de poesía habían empezado á hablar de amor; ambos se

sentían atraídos por una oculta simpatía sin advertir la causa de aquel misterioso poder.

Hubo un instante en que todo había desaparecido para ellos precisamente, el mismo en que Josefina se preparaba á cantar la romanza del primer acto del *Dominó Azul*; Eduardo no escuchaba sino la voz de Emilia, no miraba sino su rostro encantador, una fuerza oculta le impulsaba y ya iba á escaparse de sus labios un—Yo te amo—cuando vino á herir sus oídos una voz llena de ternura y pasión desgarradora que cantaba.

Si infiel á mis amores

Negara una mirada,

De espinas traspasada

También le amara infiel.

Aquella voz heló la sangre en sus venas y apagó la voz en su garganta: pensó en Josefina, aquellas frases armoniosas le parecieron que solo habían sido dichas para él, para reconvenirle por el amor que despreciaba; trató de librarse de aquella fascinación que le oprimía, pero era tarde, aquella voz encantada se había apagado en medio de numerosos aplausos, Josefina no estaba á su lado, su vista extraviada la buscó en vano, y al volverse para encontrar un apoyo contra aquella fascinación solo hallaron sus abrasados ojos un melancólico rostro que le miraba sonriendo. Entonces ciego y fascinado, palpitando su corazón violentamente, brotó de sus labios una declaración de amor, que fué correspondida.

El baile iba á principiar, Eduardo, levantándose precipitadamente, se dirigió al ambigú y quiso ahogar en el fondo de una copa los remordimientos que principiaban á corroer su corazón, se lanzó después á la sala y tomando por pareja á Emilia se dejó arrebatar por las sonoras notas de un wals de Straus procurando acallar con el baile y el ruido de la música la voz de su conciencia creyendo, imbécil que el grito de la tormenta ahoga el murmullo del arroyuelo y de la sonora fuente, sin recordar que la tormenta pasa, y la fuente y el arroyuelo siguen tranquilos murmurando eternamente.

VII.

El baile había terminado; durante este, la única pareja que tuvo Eduardo fué Emilia, poco á poco todos los convidados fueron desapareciendo, los últimos que quedaron fueron Emilia, su madre y Eduardo que las iba á acompañar.

Cuando este se acercó á Josefina, para despedirse, ella, con ademan altanero, la vista serena y la voz segura le dijo:

—Han concluido nuestras relaciones.

Eduardo bajó la cabeza silencioso sin tratar de justificarse, hay faltas en el mundo de que no sabe defenderse el mismo criminal.

Cuando Eduardo y Emilia desaparecieron y Josefina se encontró sola, todo aquel valor y entereza que habia mostrado la abandonaron por completo, su corazon se comprimía, su frente se abrasaba, sus rodillas se doblaron y cayó postrada ante un reclinatorio derramando un torrente de lágrimas.

¡Pobre Josefina! como adivinó su corazon que la poesía habia de ser la causa de una desgracia irremediable.

VIII.

Llegó el día siguiente, Eduardo y Emilia recordaron los sucesos del día anterior, se preguntaron cómo habian sucedido y no se supieron contestar, preguntaron á su corazon si se amaban y su corazon nada les contestó. El encanto habia desaparecido, ninguno de los dos jóvenes amaba al otro, solo sentían mutuamente una tierna amistad; aquello no habia sido mas que una fascinación ocasionada por sus imaginaciones ardientes; una dulce simpatía que se habia desarrollado entre los dos por la igualdad de gustos y caracteres y que tomaron por una pasión verdadera.

Así lo comprendieron también ambos jóvenes y así se lo manifestaron mutuamente cuando Eduardo fué á la cita que se habian dado la noche anterior.

En cuanto Eduardo se separó de Emilia, después de jurarse mutuamente una eterna amistad, corrió á casa de Josefina, á quien encontró seria y desdenosa; Eduardo se arrojó á sus plantas, la confesó lo que él llamaba su crimen, le dijo que todo habia pasado, que no amaba á Emilia, ni la habia amado nunca, y que ella habia sido y sería siempre su único y primer amor.

Josefina algo conmovida le dijo; si quieres Eduardo, reanudaremos nuestras relaciones, pero no seremos felices, por que mil veces se unirán nuestros corazones y mil veces la fatalidad los separará.

Bien dijo Josefina, la felicidad huía de Eduardo, desde aquel día fatal apenas vieron brillar un día claro en el cielo de su amor. Es que la felicidad es como la golondrina que nunca vuelve á hacer su nido en el sitio de donde una vez la arrojaron.

Mil veces rompieron sus relaciones y mil trataron de reanudarlas, todo en vano, siempre la desgracia se interponía entre los dos: Josefina se vengaba.

Ultimamente, Eduardo se propuso no volver á verla, por que la amaba aun y no queria que sus labios volvieran á pronunciar tal declaración, entonces fué cuando comenzó el aneurisma á apoderarse de su corazon y entonces fué también cuando me contó esta historia.

¿Quién comprende al corazon humano? En tanto que postrado en su lecho, Eduardo lucha con su enfermedad, Josefina, olvidándose completamente

de él, busca en otros amores placeres y alegría: para ella Eduardo ya solo es el primer hombre encadenado á su carro triunfal.

Y Eduardo en cambio la amaba, cada vez con mas frenesí: para él, Josefina era un alma, era su vida y perdida esta, ¿qué le restaba en el mundo?

Si, la amó hasta el último instante de su vida: yo me hallaba á su lado cuando exhaló el último suspiro, siempre recuerdo aquel fatal instante, sus manos se crisparon oprimiendo una mano, sus ojos se cerraron derramando una lágrima, sus labios se comprimieron pronunciando un nombre.

La mano, era la mía: la lágrima, era el recuerdo de un amor perdido. El nombre, era el de Josefina.

GABRIEL M. DE IRURETAGOYENA.

AURORA.

LEYENDA FANTASTICA ORIGINAL

DE

D. Mariano Capdepon y Maseres.

(Continuacion.)

VII.

Era la noche siguiente.
En su ventana esperaba
Aurora al que no llegaba
á mitigar su dolor.

Que en vano tiende su vista
en busca de su Fernando,
y maldice suspirando
A don Félix el traidor.

Como ilusión que se pierde,
desapareció su amante.
Que creyéndola inconstante,
sin escucharla cruel,
tomó por prenda de amores
de su pecho fementido,
aquel beso que atrevido
robó el seductor doncel.

Y nadie noticias tiene
del amante infortunado,
con afán ha preguntado,
nadie sabe dónde está.
Hay quien dice que le ha visto
por la espesura sombría
y que loco parecía;
y será cierto quizá.

Porque en verdad, no es extraño,
que el que en su dolor profundo
perdió lo que en este mundo
era su dicha mayor;
Pierda el juicio con tristeza,
su ventura recordando,
no es extraño que Fernando
loco esté, pero de amor,

Pobre Aurora, que suspiras
llorosa tu desventura,
viendo su horrible tortura,
te juzgarías feliz:
si de los celos supieras
el tormento indefinible,
comprendieras cuán horrible
es de tu amado el sufrir.

¿Qué es tu pena comparada
de Fernando con la pena?
Lo que es un grano de arena
en un inmenso arenal:
Lo que es la gota de agua
en medio el mar turbulento:
lo que es un breve momento
del tiempo en la inmensidad.

Mírale pálido y triste
girasol de tu ventana.
Mírale sombra liviana,
que veloz huye de ti
y por incógnita fuerza
impulsado, vuelve luego
y otra vez se ausenta ciego
en su ardiente frenesí.

¿Mas quién es el que se acerca
y cruza el valle á deshora,
que al verle, metióse Aurora
y la ventana cerró?
Qué espera necio don Félix
de la doncella ofendida?
Piensa acaso que ella olvida
que villano la ofendió?

Segun la historia; don Félix
al irse audaz acercando,
venía alegre pensando
en un antiguo refran.
«La gota siempre cayendo
»la piedra mas dura horada...»
Los rigores de mi amada
con constancia cesarán.

Y era verdad, llegó un día
en que Aurora menos dura,

cuando don Félix venia,
la ventana no cerró:
escuchando silenciosa
sus palabras y otro día
á su querella amorosa
desdenosa respondió.

Y al fin oyó indiferente
del seductor las palabras,
que encendían en la mente
un fuego devorador,
cuyo calor aumentándose,
del pecho de la doncella
borraba la última huella
de su desgraciado amor.

Y germinaron de nuevo
los adormidos deseos,
los amantes devaneos
de su mente juvenil,
y pompas, galas, festines:
y riqueza, honor y gloria
vió en confusión ilusoria
en su entusiasmo febril.

Que las frases del mancebo
su vanidad halagaban
y otro mundo la pintaban
de deleites y de amor:
de dicha, de eterno encanto,
de esplendor y grandeza
do aumentarán su belleza:
joyas de inmenso valor.

Allí á sus plantas se miran
rendidos adoradores,
planetas que en torno giran
de su sol, que Aurora es;
cuyos necios corazones,
á sus plantas arrojados,
servirán en sus estrados
de alfombra, para sus pies.

¡Vanidad! planta funesta
pero de ostentoso brillo,
que en su corazón sencillo
sembró la fatalidad.
Por un raudal de inmundicia
en su pecho fecundada,
por los vientos oreada
de la negra tempestad.

¡Vanidad! vago fantasma
de seductora apariencia,
que arrastra en pos con violencia
al incauto corazón:

y le lleva fascinado,
olvidado de sí mismo
hasta que dá en el abismo
de la desesperación.

¡Vanidad! luz engañosa
à una estrella semejante,
que estravió al navegante
con su mentido fulgor.
¡Vanidad! árbol frondoso,
à cuya sombra maldita
sin aroma se marchita
seco el árbol del amor.

¡Cuántas mujeres incautas
sucumbieron à tu encanto!
¡Cuántos raudales de llanto
se derramaron por tí!
¡Cuántas lágrimas amargas
verterá la pobre Aurora,
que tu copa engañadora
hoy liba con frenesí!

¡Cuántas veces la cuitada
maldecirá aquel momento
en que oyó el pérfido acento
del fermentido amador!
¡Cuántas al ver sus encantos
de su inconstancia despojos,
volverá ansiosa los ojos
hacia su primer amor!

Era una noche tranquila:
Ella en la ventana está
y él le cuenta sus amores
muy rendido y muy galán.
Reina profundo silencio:
solo el céfiro al pasar
arrebató de sus labios
algun suspiro fugaz.
Con palabras amorosas
la última cita se dan,
y fingiendo oculta pena,
la dice el mancebo audaz.

—Sí: mañana, siendo mía,
dueña del valle serás,
tendrás tierras y castillos,
las damas te envidiarán:
serás señora de todo
y à nadie obedecerás.

Y don Félix prosiguiera,
pero escuchóse un cantar,
y de la pálida luna
à la blanca claridad
se vió un gallardo mancebo,
que aproximándose vá.

«Niñas, la trova decía,
que en busca de amores vais,
escuchad la triste historia
de una dama principal.»—
Y al llegar donde se hallaba
Aurora con su galán,
y Dios os guarde diciendo,
se entabló plática tal.

D. FÉLIX. ¿A dónde va el Trovador?

EL TROV. Vago à la casualidad,
siguiendo ocultos designios
del que me obliga à marchar.

D. FÉLIX. ¿Quién te obliga?

EL TROV. Mi señor.

D. FÉLIX. ¿Dónde su castillo está?

EL TROV. No le tiene.

D. FÉLIX. ¿Dónde habita?

EL TROV. Habita en la inmensidad.

D. FÉLIX. ¿Estará loco? (*Aparte à Aurora*).

AURORA. (*Id. à D. Félix*). Tal vez.

D. FÉLIX. (*Id.*). Pudiera darnos solaz.
Por lo que escuché hace poco,
eres diestro en el trovar.

EL TROV. Entiendo la gaya ciencia,
que protege el Rey don Juan.

D. FÉLIX. ¿De la corte vienes?

EL TROV. Sí.

La abandoné poco há.

D. FÉLIX. Traerás sabrosas historias.

EL TROV. De fijo os agradará
una que aprendí de amores
la corte al atravesar.

D. FÉLIX. ¿Una fábula ingeniosa?

EL TROV. Lo que yo canto es verdad.

D. FÉLIX. Empieza, que recompensa
no ha de faltarte.

EL TROV. Escuchad.

Y tañendo su laud
él se dispuso à trovar,
y don Félix y su amada
se pusieron à escuchar.

EL TROV. Mas bella y lozana, que en mayo y abril,
de flores sembrada, risueña pradera:
de talle flexible, cual alta palmera,
que allá en el desierto se eleva gentil;
de negros cabellos, de tez de marfil,
de lánguidos ojos, de labios de rosa,
la corte habitaba doña Ana la hermosa
y nada turbaba su dicha infantil.

Los cielos quisieron que viese un doncel
gentil y donoso, de apuesta figura,
y oyendo sus frases de inmensa ternura,
quedó la doncella prendada de él.

Y muy atrevido el mozo cruel,
é incauta doña Ana, gozó sus favores :
al punto olvidando sus tiernos amores,
sin ver que dejaba la rosa sin miel.

D. FÉLIX. Muy necia la trova es,
puedes el fin suprimir.

EL TROV. Lo sentireis caballero,
que lo mejor es el fin.

AURORA. Deja que concluya, Félix,
porque me interesa á mí.

D. FÉLIX. (Tened á raya la lengua,
Trovador, y proseguid).

EL TROV. La pobre doncella, perdido su honor,
del bello semblante perdió la alegría,
del mozo atrevido lloró la falsía,
y al fin olvidada murió de dolor.
Cerrad los oídos á frases de amor,
incautas doncellas, que oís esta historia,
mirad de doña Ana la triste memoria:
amó y olvidola su infiel amador.

AURORA. Mucho me agradó la trova.

D. FÉLIX. Necia la fábula está.

EL TROV. No es fábula: ya lo dije.
Lo que yo cuento es verdad;
y en prueba de ello, podría
hasta los nombres citar.

D. FÉLIX. No nos importan.

AURORA. Decídeos.

EL TROV. El fementido galán
era don Félix de Luna
que gran fama alcanzó ya
de seductor.

D. FÉLIX. Aunque veo
que muy enterado estás,
yo, que también sé la historia,
voy á contarte el final.
Aconteció, que una noche
(muy parecida en verdad
á esta noche) un trovador,
cual vos, osó provocar
con sus estúpidos cantos
la cólera del galán,
y como lleva en el cinto
larga espada, y además,
de sobra valor bastante
para su ofensa vengar;
désnudando su tizona,
mató al Trovador.

EL TROV. ¡Ja! ¡já!

Ahora comprendo, don Félix,
que no sabéis el final.

Aconteció, que una noche
(muy parecida en verdad

á esta noche) el caballero
quiso al Trovador matar,
por vengar no sé qué ofensas,
pero la casualidad
dejó inmóvil al mancebo,
como vos, Félix, estais.

D. FÉLIX. Es verdad: quiero lanzarme
y hay una fuerza secreta,
que á la tierra me sujeta
y me impide caminar...
¿Quién eres, hombre maldito,
quién eres?

EL TROV. La Providencia,
que vela por la inocencia;
que tú intentas profanar.

D. FÉLIX. ¡Vive el cielo! tus palabras
no han de valerte... ¿mas dónde
ese menguado se esconde?
cual niebla se dispó:
y dejó despedazando
mi pecho fiero martirio...
Pero fué sueño, delirio,
que un punto me fascinó.
Aurora.

AURORA. Pensad, don Félix,
que escuché la triste historia
y de Ana la memoria
todavía no olvidé.

D. FÉLIX. Haces bien, pero no esperes,
que mi designio se tuerza:
si no de grado, por fuerza
tu belleza alcanzaré.

LA ORACION DE LA TARDE.

Penoso es sin duda alguna el trabajo del crítico cuando se dedica á analizar las bellezas de una obra literaria; pero mucho mas lo es cuando ocupándose en descubrir sus defectos, contribuye de este modo á su resultado.

Nosotros, que no tenemos semejante pretension ni merecemos el nombre de críticos, vamos á ocuparnos de la que con el título de *La oracion de la tarde*, ha presentado en el Circo D. Luis Mariano Larra. Y puede conocerse lo difícil que será nuestra tarea, tratándose de una obra que tantos elogios ha merecido del público y de cuantos escritores se han ocupado hasta ahora de ella. Un motivo y un deber tenemos para ello: es el primero, el deseo que

existe en nosotros de dar á conocer á su autor los defectos de la obra, para que en otra ocasion, si los tiene presentes, pueda, evitándolos, presentar una, digna aun de mayor elogio que esta; y el segundo, el de no alterar la costumbre que hemos introducido en nuestro periódico de ocuparnos de todas las obras dramáticas que se representan.

Fácilmente se comprenderá desde luego que en un drama como este, donde una imaginación lozana y un apasionado sentimiento juegan á la vez, ha de haber bellezas que hagan ostensible su mérito y defectos que le empañen. Con respecto á las primeras, refiriéndonos á la versificación, podemos citar la estrofa que en la sétima escena del primer acto pone el autor en boca de María, y es la siguiente:

MARIA. Sé que es el mundo
abismo tan profundo,
tan fácil el camino
de su hondo torbellino,
que rueda en él sin límites
aquel que un paso dá....

Así como para probar los segundos puede servir esta cuarteta que dicen D. Diego y Margarita, en la última escena del drama:

DIEGO. Las faltas del padre....
(Con acento sombrío.)

MARGARITA. Insisto....

DIEGO. ¡Caen en el hijo despues!

MARGARITA. Aquello era de Moisés...

DIEGO. ¡Lo de hoy es de Jesucristo!

No nos detendremos, pues, en la versificación, aunque pudiéramos hacer otras citas semejantes á estas, porque siendo el genio el que principalmente dá vida á este drama y aquella una traba suya, no nos sorprende que se halle bastante descuidada; solo si diremos que en general no es ni muy armoniosa ni muy fluida.

Pasemos á tratar de las escenas que constituyen indudablemente la parte mejor del drama.

Injustos seríamos si, hablando de ellas, pasáramos en silencio la final del segundo acto, que, á nuestro modo de ver, es la única en donde hay precision y verdad, tanto en su forma, como en la versificación que la compone;

reuniendo además la circunstancia de mover el corazon del espectador, imprimiéndole ese sentimiento doloroso al par que agradable, que es lo que constituye el placer dramático.

Tambien encontramos digna de mencion la novena del mismo acto, que si bien tiene un carácter mas dulce que la dicha anteriormente, es interesante y tiene alguna novedad.

Las demas, con poca escepcion, no son sino repeticiones de otras y preámbulos de que usa el autor para dar lugar á la del desenlace del drama; la que se parece mucho á la del segundo acto que hemos citado, y no tiene mas de nuevo que la lectura que en ella se hace de un escrito, del cual en otro lugar nos ocupamos.

Los personajes están bien caracterizados y sostenidos, si bien en algunos se nota el poco aliño del autor, que es general en toda la obra. D. Diego de Mendoza, hombre que ha pasado doce años de su vida confeccionando una venganza, y que es de un carácter tan irascible como voluble, se ve manejado por una hija suya de once años, que en muchas ocasiones le arranca de la mas ciega desesperacion para imbuirle una resignacion verdaderamente cristiana; muy á propósito, si, para presentar en el desenlace el autor su último arrepentimiento, pero muy poco para que se crea en él y no se tema que en otra ocasion se vuelvan á reproducir sus odios.

Lástima es que el autor, sin duda por un descuido bien notable, haga que D. Gonzalo, en la escena sétima del primer acto, diga á María que es rico en el diálogo siguiente:

MARIA. Soy huérfana!...

GONZALO. Yo honrado!

MARIA. Pobre!

GONZALO. Yo acaudalado!

cuando confiesa á D. Diego que es pobre y á María le dice lo mismo en los siguientes versos de la escena quinta, acto segundo:

MARIA. Ah!

GONZALO. Yo no tengo mas bienes
que el porvenir de un soldado...
pero viviendo á tu lado,
qué mas rico? Dí, qué tienes?...

pues sin conducir esto á ningun fin, no sienta bien en una persona tan noble como don Gonzalo.

Pasemos ahora á decir algo del fondo del drama, empezando por referir su argumento, que es el siguiente.

El protagonista, D. Diego de Mendoza, á quien su esposa, al espirar, le escribió una carta, revelándole que tenia en Robledo una hija, de quien era padre D. Lope de Luna, vive en dicho pueblo, entregado á la mas honda desesperacion con Margarita, su hija legítima, y María, que es la adulterina y que él presenta como hija adoptiva. Ambas notan su abatimiento, y Margarita, niña de once años de edad y á quien el autor ha dotado de una reflexion especial, logra en algunos momentos consolarle, y con el auxilio de la Biblia, que allí todos los dias leen en la oracion que hacen por la tarde, consigue, aplacándole, que ame á María, á la que siempre tiene una grande repugnancia; y lo que es mas, le hace desistir de la venganza que él imagina para atenuar su ira; venganza que casi ha fundado en un versículo de la Biblia que allí leen, y es el siguiente:

«Los pecados de los padres caerán sobre sus hijos hasta la cuarta generacion.»

El que sin duda no comprende muy bien.

Preséntase luego á D. Diego el hijo del seductor de su esposa, D. Gonzalo de Luna, pidiendo la mano de María, á quien ama estrechamente; aquel se la concede, mas así que le dice el nombre de su padre, vuélvenle los odios de tal modo, que le insulta hasta el punto de que D. Gonzalo pierde la calma y exige á D. Diego una satisfaccion de cuanto le ha dicho, insultándole tambien. Este se niega á manifestarle el motivo que da origen á su cólera y aplazan ambos la cuestion, hasta que por fin en el tercer acto, repitiéndose la misma escena, D. Diego le lee la carta de que ya hemos hecho mencion, para lo que se cierra en la habitacion con D. Gonzalo con objeto de que nadie le escuche, y aparta de la escena á María y á Margarita, que, por una falta suya de precaucion le escuchan detrás de la puerta.

El amante de María cae consternado al saber la pena de Mendoza; ultrájale este otra vez, y cogiendo las espadas que antes habia dejado sobre una mesa, quieren ambos darse la muerte; mas entrando á la escena entonces Margarita y María les calman, suplicándole la primera á su padre que empiece la oracion de la tarde por haber llegado la hora de esta, y la segunda le manifiesta, cuán á su pesar tiene que olvidar á su amante. Escúchanla todos; D. Diego oye con gran placer decir el versículo citado, porque conoce el terrible efecto que ha de producir en su enemigo; pero despues que se lee otro de los proverbios, perdona á sus enemigos, se arrepiente como la primera vez, y dice los mismos versos que en esta ocasion, dando fin con esto el drama del señor de Larra.

Conócese por la dedicatoria, que el autor hace á su hija, que su pensamiento moral ha sido enaltecer el perdon de las injurias; pero como se infiere de lo espuesto, no ha conseguido su propósito.

Con el perdon que hace D. Diego y don Gonzalo, donde no se ve mas que la relacion de un suceso, ¿qué premio encuentran ambos? Ninguno. El primero, que antes guardaba el secreto de su deshonor y sentia él solo su pena, ahora tiene que vivir llorándola tambien, pero al lado de sus hijas, que siempre se condolerán de su suerte; y el segundo, que á esto agrega la renuncia que hace á su amor, siempre sufrirá con María el ver sus esperanzas perdidas.

Nótase luego en la obra del Sr. Larra cierta contradiccion de ideas; pues si bien en buena consecuencia el versículo, anteriormente dicho, presenta á los hijos de los adúlteros, padeciendo por los pecados de estos; en la cuarteta que citamos al tratar de la versificacion, parece que desecha la ley de Moisés y solo aprecia por buena la de Jesucristo: lo cual es sumamente perjudicial para el pensamiento religioso que, segun dice el autor, encierra su obra.

La accion del drama pasa en el reinado de Felipe V, y esta es una circunstancia tambien que no le reporta ninguna ventaja; pues cierta

mente parece que estraña ver leer á una niña de once años la Biblia en aquellos tiempos, cuando ahora, que hay tantas ediciones de este libro, la leen muy pocas familias, y debieran leerla menos entonces que eran escasas las que se hallaban vertidas al castellano, y que para comprenderle se necesitaba poseer una instruccion algo autorizada.

Hallámosle alguna falta mas á este drama, y es el poco conocimiento del corazon humano que revela en él el autor, y que lo indica bien un trozo de la escena novena, acto último, que á continuacion insertamos.

DIEGO. Sácad la espada y oid.
Ayes lanzando del pecho
que hondo dolor torturaba,
una mujer respiraba,
dificilmente en su lecho.
¡Aun en mi mente la miro!
¡Era una noche sombría,
y aquella mujer rendía
á Dios su postrer suspiro!
¡De pie... á su lado, y tocando
con su mano un Crucifijo,
pálido, inmóvil y fijo
estaba un hombre llorando; *(con emocion)*
y en una cuna, dormida,
una niña reposaba,
ignorando aun cómo acaba
de irse el alma de la vida!
De pronto, en medio de un grito,
la enferma, al sentir la muerte.....
estendió la mano inerte
dándole al hombre un escrito.....
(Con la voz ronca por la emocion y los sollozos ahogados.)
¡Y vino la luz del dia...
la mujer no respiraba....
el hombre rezando estaba...
y la niña sonreía!
Pasó un dia... dos... y tres...
dejó el hombre de llorar
y fué el escrito á buscar
para cumplirlo!
(Saca un papel del pecho que arruga convulsivamente al verle.)

¡Este es!

GONZ. ¡Seguid! *(impasible)*

DIEGO. Escuchad atento.
«Entre la muerte y la vida,
»os escribo este papel:
»¡mirad, Diego, que va en él
»mi postrera despedida!
»¡Yo quiero que mas no ignores
»cuán infeliz fué mi suerte;
»que mas allá de la muerte

»no hay venganzas ni rencores!

»Niña, con vos me enlazaron,

»y yo, Diego, no os amaba;

»cuando el sí en el templo os daba

»mis labios os engañaron.

»¡Mi falta primera es

»la que mi mal asegura;

»la que empieza por perjury,

»culpable es siempre despues!

»¡Deja que al morir exija

»con honda pena de ti,

»tu maldicion para mí,

»tu perdon para mi hija!

»¡Su padre, en pobre fortuna,

»vió morir su antigua gloria;

»no maldigas la memoria,

»Diego, de Lope de Luna!»

GONZ. ¡Ah!

DIEGO. «En Robledo la han criado,

»María tiene por nombre,

»socórrela, y no te asombre

»mi crimen por mí contado.

»Y si por mí y por tu padre

»la tienes odio profundo,

»ve que está sola en el mundo

»y que hoy ha muerto su madre.»

Por los versos citados se colige que la esposa de D. Diego tenia á María en Robledo, sin que lo supiese este; circunstancia tambien para que no hubiese revelado su secreto. No obstante, el autor nos presenta á una mujer que en el último instante de su vida escribe la citada carta, pidiendo el perdon para su hija y para su seductor, y á D. Diego esperando á que ella muera para leerla: ¿esto es verosímil? No. ¿Habia de cumplir D. Diego semejante peticion nunca? Y el poeta, que lo comprende así, nos le presenta, como es natural, amando muy poquísimo á María y maldiciendo la memoria de D. Lope. Mas allá de la muerte no hay venganzas ni rencores, dice aquella. Ciertamente que sí, pero para D. Diego, que quedaba en este mundo, los tendria que haber siempre.

Concluimos, pues, nuestro artículo rogando al autor, si le lee, tenga presente cuanto le hemos dicho, pues él, que sabe buscar tan bien los golpes escénicos, sabrá de esta manera presentar otra obra, digna aun de mejor éxito.

GINESILLO DE PARAPOTILLO.

EL DOMINÓ NEGRO.

La zarzuela de este nombre estrenada hace pocas noches en el teatro de Jovellanos tuvo un éxito nada mas que mediano. Poco podremos decir acerca de esta partitura acreditada con harta justicia como el nombre de su autor en los círculos filarmónicos.

La música del maestro Auber, sin dejar de respirar desde el primero al último momento el gusto francés, se distingue por su originalidad.

La del *Dominó negro* está salpicada de temas bellísimos pero sin concluir é iniciados con tanta variedad, que frecuentemente aparecen faltas de analogía aun en una misma pieza. Abunda en pasos de bastante dificultad aunque toda la parte de melodía en general es lánguida, por cuya causa no siempre son del todo oportunos los primeros. La necesidad de atenerse en un todo al original francés al traducir los versos para canto, obliga á emplear ciertas palabras, cuya division en sílabas es violenta y difícil de vocalizar. Esto pasa en toda la zarzuela en general y particularmente en el tercer acto en el aria de la Santa Maria y en un cantable del final de la misma. Esto en cuanto á la parte de melodía desnuda de todo adorno.

La parte de artificio es otra cosa. La instrumentacion es delicadísima y está hecha con un talento poco comun. Muchas bellezas pudiéramos citar sino fuera porque personas mas competentes nos han precedido en el juicio de esta obra, por lo que renunciamos á hacerlo con verdadero dolor, consignando que en nuestro humilde concepto su principal mérito consisten en la hábil combinacion de instrumentos que el compositor ha sabido hacer en toda la partitura. Es indudable que el modo de instrumentar es rarísimo y de excelente efecto.

No concluiremos sin recordar lo que ya hemos dicho repetidas veces: Ni la *Embajadora*, ni el *Dominó negro*, ni algunas otras, cuya música conocemos, á pesar de no haberse representado aquí, entusiasmarán por ahora al público que asiste generalmente al Teatro de la Zarzuela. Primero porque con rarísimas escepciones en la música francesa, particularmente la de canto, impera mucho mas el arte que la imaginacion: segundo, por que sacrificándolo todo al arte la ejecucion tiene que ofrecer por fuerza obstáculos difíciles de superar para nuestros cantantes de zarzuela. Esto sucede con el *Dominó negro* cuya música casi puede decirse que no se oye. Preciso es considerar que la zarzuela es un género eminentemente popular al que con dificultad puede imprimirse el gusto francés. El público, pues, ha respetado las obras del célebre maestro Auber; no ha hecho mas.

La ejecucion es muy mala en general, por consiguiente inútil es que nos detengamos á nombrar á ninguno de los actores. Solo del Sr. Marin repetiremos lo que ha dicho con mucha oportunidad un gacillero, que casi, casi, hace desear al Sr. Azula.

MARIO LUERLL.

CUENTOS DE AMORES.

(TERCERO.)

LA DAMA DUENDE.

I.

En la famosa Toledo
nombrada de los poetas,
y en una de sus angostas
y torcidas callejuelas,
habitaba por los años
de mil y trescientos treinta,
en una casa viejísima
una beldad no muy nueva.

Gracias á los privilegios
de sus preciosas recetas,
á su ciencia nigromántica
y á su velusta experiencia,
la belleza toledana
nacida en mil y sesenta,
iba, tornaba y volvía
apoyada en la muleta.

Las malas lenguas del barrio,
malas por que eran muy buenas,
dieron en decir un día
si la coja era ó no era.
Y por callar las hablillas
y por quitar las sospechas,
cerró de su antigua casa
los postigos y las rejas.

Y yo que no fuí vecino
de mujer de tales prendas,
temiéndome algun misterio
curioso, rondé su puerta.

Ved aquí la razonzilla
porque rondé su cancela,
y por que mas de una luna
pasé rondando á la vieja.

Una noche, no recuerdo
si nublada ó si serena;
vine á escuchar en la calle
ruido de pasos y espuelas:
y á muy poco un embozado
llegó á casa de la dueña.
llamando pausadamente.
con aldabadas muy quedas.

Abriéronle en el momento,
trocaron no sé que seña,
tomó entrada el embozado
y yo quedéme de fuera.

Aquí terminára el cuento
si aquí terminar debiera,
y si yo no fuese bruja
mas del caso no supiera

Estiréme cuanto pude
viendo la rejilla abierta,
y como copo que ahusan
dí en el portal de cabeza.

II.

Mas oscuro hallé el zaguan
que las calles de Toledo,
y eso que oscuras estaban
las calles en aquel tiempo.

Esto lo afirman autores
que tales calles no vieron,
y pues la luz no hace al caso
sigo adelante mi cuento.

Subí á tientas la escalera
llegué á un descansillo estrecho,
hallé entornada una puerta,
pasé y encontréme dentro.

Allí estaba el embozado
sin embozo y sin sombrero,
hablando de esta manera
con la vieja ó con su espectro.
—Vendrá esta noche.

—Vendrá.

—Y tardará?

—No lo sé.

—Decidme.....

—Nada diré.

—Es hermosa?

—Lo será.

—Visteis su rostro?

—Le vi.

—Es casada ó es doncella.

—Podeis preguntarlo á ella.

—Aqui he de encontrarla.

—Aquí.

—Decidla que espero.

—Yo?

—Claro.

—La dama vendrá.

—Qué gno está en casa?

—No está,

—Bajad á esperarla.

—No.

—No comprendo....

—Ella se entiende.

—Pues aguardo confiado.

—Capitan mucho cuidado.

—Es bruja la dama?

—Es duende.

III.

Oyóse á poco un silvido.
Por arte de encantamiento
quedó oscuro el aposento,

duendecillo aparecido
con la luz tornó al momento.
Mas por dónde tomó entrada
nunca pude adivinar,
susto nos dió la tapada
yo llegueme á recelar
y puse mano en la espada.

IV.

DUENDE. Hidalgo: si no os ofende
tomad á mi lado asiento.

Yo. Dulcísimo es el acento
de esta nueva dama duende.

CAPITAN. Mucho mi señora gano.

DUENDE. Ved un sitial.

Yo. Vive Cristo!
en toda mi vida he visto
mas blanca y linda otra mano.

DUENDE. Molestaros no pensé.
Acercadme aquel cojin.

CAPITAN. Lindísimo es el chapin.

Yo. Mucho mejor será el pié.

DUENDE. De vos una gracia espero.

CAPITAN. Podeis, señora, mandar.

DUENDE. Ordeno en primer lugar
que no me andeis lisonjero.

CAPITAN. No recelé que un agravio
vuestra dulce voz me hiciera,
una frase lisongera
jamás murmuró mi lábio.

DUENDE. Quien así hidalgo replica....

CAPITAN. Perdon, señora, merece.

Yo. Lectora que te parece,
el embozado se esplica.

DUENDE. Si así dais en responder
hidalgo habré de partir.

CAPITAN. Y yo detrás he de ir.

Yo. Yo delante por saber.

DUENDE. Guardais Capitan memoria....

CAPITAN. No tenerla apeteciera.

DUENDE. Es verdad, mas no valiera,

Yo. Chiton que empieza la historia.

DUENDE. Nada recelar debemos:
solos, Capitan, estamos.

Yo. ¿Lector que dices nos vamos?

DUENDE. Escuchadme.

Yo. Escucharemos.

DUENDE. No lejos de aquí vivía
hace dos años ó tres,
una dama.

CAPITAN. Doña Inés.
de Mendoza.

DUENDE. Inés sería.

Dama de gran valimiento,
y en el cariño constante;
fuese muy lejos su amante
y encerróse en un convento.

CAPITAN. Callad, señora; me aterra...

el despecho me sofoca.
 DUENDE. Ella se puso la toca
 y vos fuistes á la guerra.
 En la santa reclusion
 os aguardó con afán,
 os amaba, Capitan,
 con todo su corazón.
 Y por tarde y por mañana
 y mientras el sol lucía,
 detrás de la celosía,
 aguardó, de la ventana.
 Era su esperanza toda
 su don Juan.

CAPITAN. Me dais espanto,
 DUENDE. Ella bordaba entretanto
 el vestido de su boda.
 Era tan grande su amor
 y tan firme su creencia,
 que cada día de ausencia
 ganó el vestido una flor.
 ¡Ved cuanto puede el olvido!
 Tantos días se pasaron
 que de flores se llenaron
 los cendales del vestido.
 Y no pudiendo bordar
 por no haber á flores trecho
 decidme ¿tuvo derecho
 la dama para llorar?

CAPITAN. Muy pronto la consolaron:
 halló marido, es muy justo.
 DUENDE. ¡Ah! Contra todo su gusto
 sus padres la desposaron.
 CAPITAN. Ella se olvidó de mí.
 DUENDE. Nunca, Don Juan,
 CAPITAN. ¡Oh! ventura...
 DUENDE. Nunca pudo ser perjura,
 guarda vuestro amor aquí.

CAPITAN. ¡Inés!
 DUENDE. Dejadme....
 CAPITAN. ¡Oh! tormento!
 Presa ya en nupciales lazos,
 ven doña Inés á mis brazos.

Yo. Lectora, concluyo el cuento?
 DUENDE. Hoy, don Juan, tu amor me ofende
 no te acuerdes mas de mí:
 Inés murió para tí.

CAPITAN. Pero no la dama Duende.
 DUENDE. No Capitan y he de ver
 si noble sabes amar,
 y si sabes respetar
 el honor de la mujer.
 No te llamo caprichosa
 para endulzar mis amores,
 para acallar sus temores
 aquí te citó la esposa.
 Duélete, don Juan, de mí
 y vuélvenos generoso,

aquel escrito amoroso
 que al despedirnos te dí.
 Y aunque, don Juan, no te cuadre
 accede á mi petición,
 paz ganará el corazón
 de esta desgraciada madre.
 Que así valdrás mucho mas
 por honrado y por discreto:
 amáme, pero en secreto
no me lo digas jamás.

CAPITAN. Con resignacion te escucho.
 y con aparente calma:
 mira Inés, aquí en el alma
 con mi sentimiento luchó.
 Des que te vi te adoré,
 por tí á la guerra partí,
 por tí á Toledo volví,
 nunca de tí me olvidé.
 Y hoy que tu enlace maldito
 me lacera el corazón,
 he de darte mi perdón
 á la par que aquel escrito?
 Inés, locura sería:
 así debes resignarte,
 con juramento firmaste
 y, doña Inés, serás mía.

Yo. De la entrevista recelo.
 Mucho resiste la dueña,
 ¡Diablo! que el mozo se empeña
 y arranca á la dueña el velo.
 Pues ya de callar no es cosa...
 hiere su rostro la luz....
 Por los clavos de la Cruz
 que la mujer es hermosa.

CAPITAN. ¡Inés! ¡Inés! Vida mía.
 DUENDE. Don Juan respeta mi estado.
 CAPITAN. Por acaso ha respetado
 nuestro amor tu alevosía?

DUENDE. Un año entero esperé.
 CAPITAN. Despues del año volví.
 DUENDE. Inés murió para tí.
 CAPITAN. Yo á doña Inés encontré.
 Y me habrán de hacer pedazos,
 lo que es muy difícil cosa;
 para arrancarme á la esposa
 de mis carceleros brazos.

DUENDE. Ve que la verdad te hablo
 jamás volverásme á ver.

CAPITAN. Consiga yo tu querer
 y despues lléveme el diablo.

Quiso el Capitan travieso
 besar el rostro del duende
 y como la luz ofende
 murió la luz y dió el beso.
 Tornó de nuevo á brillar
 y vió mi vista perpleja,
 que la maldecida vieja
 se dejaba acariciar.

Al ver la trasformacion
dió el mancebo en maldecir,
á mí me dió por reir
y aquí empezó la funcion.

Huyó la coja asustada,
mi risa tomóse á ultraje,
y el galan en su coraje
asíó con fuerza la espada.

Yo por el golpe quitalle
cuchilladas tiré dobles,
ya estocadas y mandobles
nos salimos á la calle.

Cedimos no sin trabajo
viendo que la ronda arriba,
él fué la calle arriba
yo fuíme la calle abajo.

Lector, el cuento aconseja
que á oscuras no se ha de amar,
por que se puede uno hallar
con el amor de una vieja.

LUIS PINO.

LETRILLA.

Luchen por gloria ó dinero
Ú otra causa singular
El paisano, el militar,
El cristiano con el moro;
Que yo en la paz sin desdoro
Me sostengo,
Pues que tengo
Mi tesoro.

Navegue hácia el Nuevo Mundo
El español temerario,
El intrépido corsario,
Ávidos de tierras y oro;
Que yo tranquilo sostengo
Mi decoro,
Pues que tengo
Mi tesoro.

Gocen de dichas y honores
Los hombres afortunados,
Escritores afamados
Y gentes del *yo te adoro*;
Que yo al sosiego me atengo,
Coal el moro,
Pues que tengo
Mi tesoro.

Busquen de celos rabiando
Mujeres á sus maridos,
Y de envidia los partidos
Giman en doliente lloro;

Que yo aplicándome al foro
Me prevengo,
Pues que tengo
Mi tesoro.

Rebusquen timbres gloriosos
Los que de Grandes blasonan,
Los que con su sangre ahonan
Las cantidades en oro;
Que yo á mi antiguo abolengo
Nada imploro,
Pues que tengo
Mi tesoro.

Y por fin vivo en el mundo
Sin envidiar á los hombres
Sus glorias, títulos, nombres...
Y publico en voz de coro,
Que sin violencia sostengo
Mi decoro,
Pues que tengo
Mi tesoro.

R. VAILLANT.

VARIEDADES.

—**El Dominó negro.** Traducción tan negra como la tela del dominó, con una prosa que ni la del señor Camprodon, y unos versitos cantables que ni los del señor Olona. Para poder soportar la ejecución de la obra, se hacen necesarios los requisitos siguientes: asiento cómodo, algodones en los oídos, la paciencia de Job y la resignación de Auber y Scribe. Bien aventurados los que padecen persecución por traductores y arregladores, por que ellos serán silvados.

—*Dicen que* La oración de la tarde es buena, ya lo creo; como que en ella pedimos á Dios que nos perdone las culpas del día y nos conceda para la noche el necesario reposo.

Conciencia ancha. Un borracho que rendía culto al conquistador de la India (que por cierto no era inglés) resolvió corregirse de su defecto, para lo cual hizo voto de no entrar nunca en la taberna.

Mas acertó á pasar cierto día por la puerta de la que había en su pueblo y asaltóle una tentación violenta que le impelia á quebrantar su juramento. Al fin se venció á sí propio y se alejó algunos pasos del café manchego.

—Bravo! Juan, exclamó, no bien se encontró lejos de la taberna. Eres un héroe, por que no caes en las tentaciones. Por tan buena acción mereces una copa de vino. Y se encaminó precipitadamente á la taberna.

—**Rasgo de ingenio.** Un pobre artesano que carecía de almohadas para dormir resolvió reclinarse su cabeza sobre un puchero de Alcorcón que colocaba

en forma de almohada. Sintiendo una dureza desagradable, se decidió á evitarla en lo sucesivo, á cuyo fin al día siguiente llenó de lana el puchero.

—Una disculpa plausible. Acostumbraba un albánil encargar á su hijo, jóven de pocos años y menos inteligencia, que le llevase la comida al punto en que estaba trabajando. Cierta día, el heredero, si no de su gloria á lo menos de sus trabajos, se comió en el camino los garbanzos y la carne, reservando el caldo, sin duda por cortedad.

Apenas lo advirtió el padre, se enfureció como usurero á quien piden prestado sin interés, y preguntó la causa de aquel desman.

—Ay! Padre, respondió el muchacho; perdone usted me han asaltado unos pilletes que me han hartado de golpes vertiéndome sobre un monton de arena cuanto habia en el puchero y no he podido recoger mas que el caldo.

—Buen provecho. A un barbero cierto día—dijo uno que se afeitaba,—y á quien la nuez amargaba—que en el carrillo tenía—«mucho deberá gastar—en nueces supongo yo»—y el barbero contestó—al punto sin vacilar—«desde que afeitado esta es—la primera que he gastado—«¿La única?» y ya ha pasado—que se la han tragado tres.

—Las querellas del rey Sábido. Este drama se está traduciendo, no al castellano como han dicho algunos periódicos, sino al lenguaje hispano galo, para que pueda ser comprendido por los traductores.

—El milagro del Misterio. Obra milagrosa, que alcanzó misteriosos aplausos.

—Siempre lo mismo. El señor Uriés presenta las óperas con un lujo verdaderamente censurable. Los trajes usados en el Macbek son los mismos que vistieron los ejércitos del Rey homicida. ¿Estarán traídos? Pero no es esto todo: de la presentación de la ópera se deducen datos importantes que los historiadores deben recoger. Estos son: Macbek debió vivir muchos cientos de años, sus antepasados visten todos de hierro hasta los dientes, ni mas ni menos que los caballeros de la Reina doncella, nos lo demuestran de una manera evidente; así como la inmensidad de su palacio nos prueba que no solo reinó en Escocia el gracioso Macbek, sino que dominó la Francia, la Italia y la España, teniendo entrada su palacio por Escocia, las murallas confinando con el castillo del conde de Luna (en España) el átrio en Lombardía, y el comedor ó sala de armas (entonces sería lo mismo) en Italia. ¿Qué tal? ¿debe quejarse el público? ¿Por qué no se multa al empresario del teatro Real?

—El jóven Virgilio. Dicen los carteles que ha sido aplaudido, entonces habrá gustado; pues si ha gustado, será bueno.

—El señor Olona, tiene puesta en ensayo una zarzuela Original: que tendrá origen, no lo dudamos, y versos cantables, que ya; primos-hermanos de los del *Domino negro*.

Traducción del inglés.—

—Un escritor francés conocido desde hace mucho tiempo del público por la sutileza de sus observaciones, M. Carlos Didier, ha publicado el resultado

del viaje que ha hecho á Egipto. Esta ojeada sobre un país que despierta en este momento la curiosidad del mundo, por causa de los proyectos gigantescos que deben realizarse allí, es un cuadro animado de costumbres de la Arabia y de escenas del desierto. *Quinientas leguas sobre el Nilo, cincuenta días en el desierto*, uno en casa del gran Sherif de la Meca, colocan á M. Carlos Didier en un rango muy honroso entre los viajeros que merecen confianza.

—La obra sobre la *Historia de la Poesía* por M. Fes Loise profesor de retórica francesa en el ateneo Real de Toumay (Bélgica) acaba de salir de las prensas de M. Hayez, impresor de la Academia. Este trabajo recientemente premiado en el concierto de elocuencia francesa por la Academia Real ha sido, como se sabe, el objeto del mas brillante elogio en la memoria, del señor representante Devau. El libro se titula: *De la influencia de la civilización sobre la poesía ó Historia de la Poesía en todos los pueblos, relacionada con la civilización*.

—Se han publicado en París, en la librería de Adolfo Delahays, dos libros sobre los cuales llamamos la atención de las bellas: el primero se titula *Arte de conservar la belleza*. Tesoro inapreciable! tanto mas cuanto que solo cuesta un franco. De hoy en adelante las que sean bellas se supone, ahora, lo serán tambien dentro de cincuenta años (si no se han muerto.) ¡Oh descubrimiento del saber humano!

El otro libro vale por lo menos tanto como el primero y como ya hemos dicho, tambien conviene al bello sexo, á quien se acusa no sé si con razon ó sin ella, de ser curioso en extremo. Lleva el título de *la Onisocricia ó el arte de explicar los sueños*, segundo del *Diccionario de los sueños*.

Es una preciosa adquisición, niñas, ponedlo á la cabecera de vuestro lecho, y por las mañanas, abridlo para consultar en él el significado del sueño bajo cuya influencia habeis pasado la noche.

Por los sueltos,

JOAQUIN DE IRURETAGOYENA.

ANUNCIOS.

EL COMERCIO DE ALICANTE,

PERIÓDICO DIARIO
DE INTERESES MATERIALES.

En Alicante, 10 rs. al mes; 28 trimestre. Fuera, 12 idem, 34 idem. Estranjero. 16 idem, 44 idem. Dirigiéndose en carta franca á la Redaccion, Lonja de Caballeros, núm. 10.

EL TELÉGRAFO.

DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS Y DECRETOS.

Por un mes, 4 rs. en Barcelona, y 6 fuera.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, calle de Carretas.

MADRID: 1838.—Imp. de D. A. Sta. Coloma, editor responsable.
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.